

NOTA SOBRE LA EVOLUCION ECONOMICO-SOCIAL DE LA REPUBLICA ARGENTINA

PARA un español, el presente y el futuro de las naciones americanas siempre tiene un extraordinario interés, y en la etapa actual ese futuro depende fundamentalmente de la política económico-social que desarrollen. Todas las naciones americanas del Centro y del Sur tienen el mismo problema: ganar el tiempo perdido en los decenios anteriores y realizar, en el futuro, la misión que por su historia y por la potencialidad de sus recursos les corresponde.

Es más fácil comprender los problemas actuales si se conoce cómo se han producido; y ello exige un breve examen histórico de los mismos.

Si se analiza la evolución económico-social de la República Argentina a lo largo de los últimos cien años, se pueden distinguir en ella tres etapas: la primera, hasta la guerra mundial de 1914; la segunda, desde 1914 a 1940, y la tercera, la iniciada en dicho año.

I

Hasta 1914 la economía argentina era una economía semi-colonial tributaria de Europa y, principalmente, de Inglaterra. La propiedad de la tierra y la producción agrícola y ganadera, que constituían la mayor parte de su riqueza, estaban en manos de argentinos y españoles y otros europeos residentes en la Argentina; pero los precios —es decir, el mercado de dichos productos— estaban controlados por los extranjeros. La conexión entre la economía argentina y la mundial era tan grande que cualquier crisis de la economía mundial se traducía en fuer-

tes bajas de precios de los productos argentinos, y, por el contrario, cuando los precios exteriores eran altos, los propietarios de la tierra obtenían considerables beneficios, lo mismo que los negociantes extranjeros que traficaban con el comercio exterior de los productos.

El ahorro nacional —es decir, la diferencia de valor entre la producción y el consumo anual interior— era considerable. Y si este ahorro se hubiera dedicado a inversiones adecuadas durante los últimos cien años, Argentina hubiera sido hoy una enorme y poderosa nación, quizá de cincuenta millones de habitantes, con una influencia muy fuerte en la política americana y, a través de ella, en la mundial. Pero el ahorro de los argentinos no se dedicó a inversiones —excepto la construcción de viviendas y edificios públicos en las grandes ciudades, sobre todo en la capital federal—, sino que se gastó en Europa, en viajes de turismo y en los gastos de vida de los argentinos que residían en Europa; otra parte del ahorro era enviada a las familias que residían en los países europeos, y, en muchas ocasiones, los individuos se repatriaban con su capital a Europa, sobre todo a España e Italia.

Una parte de las ganancias obtenidas por los extranjeros que negociaban en el comercio exterior argentino se dedicó a inversiones relacionadas exclusivamente con ese comercio exterior —ferrocarriles, elevadores de granos, ampliación y utillaje del puerto, etc.—, y los beneficios también se enviaban a Europa.

El consumo de una gran parte del ahorro nacional, de un lado, y el envío de rentas a Europa, de otro, tuvo como consecuencia un nivel anual de inversiones nacionales mucho más bajo que el que pudo haberse realizado, y las inversiones que se hicieron eran no las que convenían para alcanzar una economía argentina equilibrada agrícola e industrial, sino la que favorecía a los que negociaban con el comercio exterior. El resultado de este sistema fué una economía de tipo semicolonial con el comercio de exportación monopolizado por extranjeros, con los bancos, ferrocarriles, elevadores, transporte mercante, etcétera, en manos de extranjeros, y con un desarrollo industrial muy débil; prácticamente, hasta 1914 no había más industria que la relacionada con la exportación de sus productos.

Estos hechos tuvieron su reflejo en el plano político y en el orden social. En el orden político, la política interna era totalmente dominada por los propietarios de la tierra, y el sufragio y la democracia no eran más que una ficción. No podía existir una política internacional argentina, sencillamente porque los intereses de los grupos que dominaban la política interior dependían de intereses extranjeros. En cualquier negociación Argentina estaba en posición muy débil y forzosamente tenía que aceptar las condiciones que se le imponían. En fin, sin una industria nacional no podía equipar un Ejército ni una Marina de guerra.

En resumen, hasta 1914 Argentina, sin industria; sin Ejército ni Marina adecuados; sin flota mercante; con su sistema de crédito, comercio exterior y transporte en manos de extranjeros; con una economía agraria cuyos mercados estaban controlados desde fuera y dirigida en el interior por una minoría de propietarios de la tierra sin otra finalidad que la de mantener sus privilegios, y con una población escasa —unos diez millones de habitantes—, no tenía más que la apariencia de nación independiente, pues carecía de política interior y de política exterior propia.

II

La guerra mundial de 1914-1918 creó unas condiciones favorables al cambio de estructura de la economía argentina, y toda la etapa, desde 1914 a 1940, tiene, lo mismo en el orden económico que en el social y político, las características propias de las etapas de transición.

En el orden económico Argentina vió interrumpida su corriente de importación de artículos de la industria europea, y como sus propios productos aumentaron de precio el país se encontró con dinero abundante y sin productos industriales. Habían surgido, por consiguiente, las condiciones ideales para su industrialización, ya que la demanda interior de artículos industriales era grande y las importaciones se habían interrumpido.

Los mismos extranjeros residentes en Argentina tuvieron

entonces interés en crear industrias para obtener considerables ganancias; así se inició un cambio en la estructura económica argentina, que, progresivamente, se fué transformando de agrícola y ganadera en una economía mixta industrial y agrícola.

Otra consecuencia importante fué que una parte de las importaciones europeas se substituyó por importaciones norteamericanas. La terminación de la guerra europea interrumpió grandemente el proceso de industrialización argentina, pero el cambio de estructura económica ha conseguido, gracias a las condiciones favorables que creó la primera guerra mundial, consolidarse, y las industrias creadas se mantuvieron. Naturalmente, volvieron a actuar las mismas fuerzas anteriores a la guerra, y el proceso que habían iniciado fué frenado, aunque no detenido.

La crisis mundial del año 1931 y siguientes demostró que el sistema económico argentino seguía siendo muy débil y que, a pesar de la industrialización inicial lograda, se mantenían muchas de las características de la etapa anterior.

Los mercados seguían dominados por extranjeros, lo mismo que los transportes, industrias interiores, créditos y seguros. Además, una nueva causa de inestabilidad apareció en la economía argentina: la demanda interior de productos exteriores se mantuvo, pero la baja de precio de los productos de exportación ocasionó una escasez de divisas y una tendencia al déficit en la balanza del comercio exterior que obligó a tomar medidas en relación con el movimiento internacional de capitales.

Argentina empleaba los saldos favorables obtenidos en Europa, una vez transformados en dólares, para el pago de sus importaciones norteamericanas, y si disminuían aquellos ingresos aparecía la escasez de dólares.

Estas dificultades se dejaron sentir durante el decenio 1931-1940 y tuvieron sus lógicas repercusiones en el orden social y en el político.

Toda la masa de obreros y empleados —que era ya un factor importante como consecuencia del aumento de industrialización— comenzó a hacer sentir su peso en la política argentina. La aparición de un proletariado industrial, el considerable

crecimiento de la capital y su desarrollo comercial, con el aumento de empleados de comercio y la influencia del movimiento socialista europeo, crearon las condiciones para que determinados grupos políticos utilizaran esa fuerza. Sin embargo, los dirigentes de esa etapa no tenían verdadero sentido nacional, y lo único que hicieron fué aprovechar el descontento y el resentimiento social para sus fines propios; tampoco representaban una fuerza que fuera decisiva para imponerse por completo, pues la fuerza de los propietarios de la tierra y de los negociantes extranjeros era todavía grande.

El resultado fué un confusionismo y una lucha ante los dirigentes radicales, conservadores agrarios y negociantes monopolistas, que, en definitiva, no realizaron ninguna labor eficaz y que provocaron golpes militares que tampoco atacaron el verdadero fondo del problema, ni llevaron a efecto ninguna transformación económica y, por tanto, ninguna labor social, dejando sólo el recuerdo de una gran inmoralidad administrativa.

El desarrollo del partido socialista fué frenado por estos cuatro hechos:

1) Falta de un numeroso proletariado industrial, pues los empleados de comercio, que son muy numerosos, nunca han tenido un verdadero espíritu revolucionario, y su verdadera aspiración es la de establecerse por su cuenta y explotar después a sus futuros empleados.

2) El espíritu individualista de toda la población americana en general tiene muy poco sentido social y nacional, y sólo se preocupa de su enriquecimiento personal.

3) La inmoralidad política de los jefes del partido socialista, que en todos los países es muy grande y más todavía en los países americanos, que les lleva a pactar con los grupos monopolistas y a no realizar labor social ninguna.

4) La abundancia de recursos naturales, por lo cual no existe el problema alimenticio, y ello influye suavizando la dureza de las luchas sociales.

Progresivamente, la situación fué tal que no podía funcionar el sistema democrático, y se hizo evidente que sólo logrando reunir la adhesión de una gran masa de trabajadores y realizando una verdadera política nacional y social, se podría

dar estabilidad a la economía y a la política argentina. Sin embargo, las dificultades para realizar esa política eran grandes. La segunda guerra mundial y la neutralidad argentina facilitaron el comienzo de la transformación, que fué intensificada a partir de 1945.

III

En esta última etapa, lo mismo que en las anteriores, las consecuencias de lo que se haga en el terreno económico tendrán inmediatas repercusiones sociales y políticas. En lo económico el problema fundamental argentino es ganar, en el menor plazo posible, el tiempo perdido en etapas anteriores.

En las épocas pasadas el ahorro nacional fué alto, pero el nivel de las inversiones bajo, porque una parte de ese ahorro se consumía por los argentinos en Europa, y otra parte, que era el fruto de beneficios monopolísticos obtenidos por extranjeros con los productos argentinos, también salía fuera del país.

Por consiguiente, todo el futuro económico de Argentina depende de mantener un alto nivel de ahorro nacional y de que el nivel de inversiones realizadas con ese ahorro sea el máximo posible hasta que toda la mano de obra esté trabajando a pleno rendimiento. Sólo así se logrará aumentar la producción, y con ella la renta nacional, consiguiéndose, además, con ello variar la estructura económica hasta que se obtenga una economía equilibrada agrícola e industrial.

En la realización de esta política económica Argentina presenta rasgos que le dan originalidad, y puede decirse que no se parece a ninguna otra. En ciertos sectores de bienes de consumo se mantiene una completa libertad de mercado, y en otros hay un control de precios; en el sector de bienes de capital hay libertad de contratación, pero respecto a los servicios de dichos bienes, alquileres, etc., hay normas oficiales sobre el precio de los mismos. Pero este conjunto de medidas, que por lo demás se dan en la actualidad en casi todos los países, no es la nota destacada de la economía de ese país, ni siquiera la fijación de un plan económico, pues en la actualidad también un gran número de naciones intenta realizar planes de

ese tipo. Lo que da carácter especial al sistema económico argentino es la estatificación de determinados instrumentos económicos y la creación de ciertas industrias oficiales; si se exceptúa la U. R. S. S., ningún otro país ha estatificado la Banca y el Comercio exterior de los principales productos de exportación como lo ha hecho Argentina, y esta estatificación no ha provocado una caída de la producción de los artículos exportados; muchos reparos puede hacerse a esa política, pero no ciertamente, hasta ahora, el de influir desfavorablemente sobre el nivel de producción agrícola. También se han estatificado los ferrocarriles, los reaseguros, la mayor parte de los yacimientos petrolíferos y los elevadores de granos; se ha creado una Marina mercante oficial de gran volumen y una considerable flota aérea y se ha proyectado la creación de otras industrias oficiales.

Esta coexistencia de unos sectores económicos estatificados y otros libres se da en mayor o menor grado en todas las economías, pero quizá en ninguna en forma tan destacada como en el sistema económico argentino, que dentro de esas particularidades especiales puede calificarse de nacionalsocialista. No es el propósito de esta nota estudiar las ventajas e inconvenientes a corto y largo plazo de un sistema de este tipo y las consecuencias sociales y políticas de una evolución como la indicada, pero sí se puede asegurar que la pérdida del poder político por el grupo de familias de grandes propietarios e industriales, que dominaba la política argentina hasta 1946, irá acompañada al cabo de más o menos tiempo de la pérdida de su poderío económico. Desde el punto de vista social, Argentina está presenciando la caída de una clase dirigente y su sustitución por otra con una influencia cada vez más acentuada de la alta burocracia y del proletariado, y este tránsito se está realizando de una manera pacífica, prueba de que la clase sustituida ni siquiera tiene capacidad de reacción, lo cual parece indicar que su falta de sentido histórico y de percepción de la realidad fué tan grande que no le ha permitido ofrecer ninguna resistencia, demostrando que su desplazamiento como clase dirigente está bien justificado.

HIGINIO PARÍS EGUILAZ